

El viaje de dos clérigos toledanos a la Italia del siglo XVIII

Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo de D. Casimiro Sánchez Aliseda, el día 20 de Noviembre de 1949.

EXCELENTÍSIMAS AUTORIDADES,
ILUSTRÍSIMOS SEÑORES ACADÉMICOS,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Al ser elegido Académico de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, he de ocupar la vacante producida por fallecimiento de Don Ricardo Sánchez Hidalgo, sacerdote de rancio abolengo toledano y amante como pocos de las glorias de la Imperial Ciudad.

El Sr. Sánchez Hidalgo llegó a esta Academia pleno de méritos y de años, si bien su robusta naturaleza hacía disimular su edad. Desde 1918 pertenecía mi antecesor a esta Corporación como correspondiente, aunque sólo en 1944 ocupó un sillón de numerario. Y fué esta distinción justo premio a quien tan hondamente sentía a Toledo.

En el Seminario de esta ciudad hizo sus estudios con toda brillantez y desde 1900 comienza a vivir en contacto con la historia toledana en puestos estratégicos para investigarla o glosarla, tales como los de Vicesecretario del Excmo. Cabildo Primado y Secretario del Archivo General Diocesano.

Al obtener en Enero de 1908, por oposición, el beneficio de Sacristán Primero de la Catedral, su contacto diario y entrañable con el primer templo toledano le llevó a conocer sus más escondidos secretos, a convertirse en arsenal vivo de sus grandezas y

tradiciones, a merecer figurar como personaje de obras literarias que tocaban el tema catedralicio y a mirar como parte de su alma cuanto con Toledo o su Catedral se relacionase.

El Sr. Sánchez Hidalgo fué un fecundo escritor que dejó copiosa producción literaria en las páginas de «El Debate», «El Universo» y «A B C», o de aquel simpático diario que se llamó «El Castellano» y en cuya fundación, dirección o gerencia tanta parte le cupo. En sus columnas aparecían a menudo artículos suyos de vulgarización, apreciaciones artísticas, exhumaciones históricas u orientaciones estéticas que guiaban a los toledanos e interesaban a todos. Otras veces fué autor de iniciativas felices, tales como la campaña que provocó para que el nuevo puente de Alcántara se trazase conforme a los cánones clásicos, que hizo llegar hasta el Rey Alfonso XIII miles de firmas.

Al ser elegido Don Ricardo Sánchez Hidalgo académico numerario, leyó un documentadísimo discurso sobre el Cardenal Cisneros y el Retablo de la Capilla Mayor de la Catedral. Hoy, cuando me toca a mí ocupar la vacante producida por su muerte, evoco todavía aquella mañana en que leía con entereza su larga disertación sin denotar cansancio ni fatiga. Nadie hubiera predicho su desaparición tras enfermedad rápida y traidora. Rindo aquí homenaje a su memoria y pido una oración por su alma.

Y ahora he de agradeceros yo, señores Académicos, el que os hayáis fijado en mí para ocupar su vacante. Un sacerdote joven sucede al venerable cargado de merecimientos. No sé qué razones habrán podido moveros para tal designación. Seguramente que la benevolencia y el afecto habrán supervalorado méritos y cualidades que no pasan de un amor profundo a esta ciudad, sede de la diócesis a que pertenezco. Lo que sí puedo aseguraros es que me considero honradísimo con tan inmerecida distinción y siempre hallaréis en mi persona el espíritu pronto para colaborar en las tareas académicas y servir a esta Imperial Ciudad, que por ser Sede Primada de la Iglesia Española, merece del sacerdote todo el aprecio y afecto.

Al tratar de buscar tema para el presente discurso, me pareció que podría ser conveniente exhumar el Manuscrito 350 de la Sala Reservada de la Biblioteca Pública de Toledo, titulado *Itinerario*

desde Toledo a Roma por Mar (1), del que es autor el Presbítero de esta diócesis Don Francisco Antonio Lexárcegui. Las relaciones de Viajes siempre han tentado mi curiosidad, y al tratarse de uno que tiene por objeto Italia, nación donde pasé felices años, es natural que me atrayese con particular agrado. Si a esto se une la proximidad del Año Santo, que tan de actualidad hace el tema romano, creí con ello convertir en solaz la aridez de un discurso académico.

El viaje que nos relata minuciosamente Don Francisco Antonio Lexárcegui, lo efectuó a finales del siglo XVIII, en 1791, acompañando como Capellán al respetable y Muy Ilustre Señor Don Gregorio Alfonso Villagómez y Lorenzana, Arcediano de Calatrava, Dignidad y Canónigo de la Santa Iglesia Catedral Primada de Toledo y sobrino, para mayor abundamiento, del entonces Arzobispo de esta Sede, Cardenal Don Francisco Antonio de Lorenzana.

¿Quiénes eran estos dos clérigos toledanos y cuál fué el objeto de su viaje a Italia?

Del Doctor Villagómez ya acabo de señalar sus cargos y preeminencias. Porque fuera sobrino del Cardenal Arzobispo no se le repunte medrando a la sombra del tío, sin méritos propios. Desde 1775 figura como examinador sinodal de los Concursos a Curatos, y es predicador asiduo de los Sermones de tabla de la Iglesia Catedral, siendo casi el único Canónigo que ejerce este ministerio, pues los restantes predicadores son de ordinario religiosos de los diversos conventos de Toledo (2).

(1) He aquí cómo describe dicho ms. el Sr. Esteve Barba: (*Catálogo de la Colección de Manuscritos Borbón-Lorenzana*, Madrid, 1942, pág. 256). Núm. 350 = Itinerario desde Toledo a Roma por Mar.—Esta descripción e Ytinerario le hizo el Presbítero Don Francisco Antonio Lexárcegui Familiar de mi sobrino, etc.—2 fol. + 200.—215 × 160 mm., 26 líneas. Ms. original.—Esc. del s. XVIII sin márgenes, sin foliación contemporánea, sin reclamos.—Al frente dos hojas escritas de mano de Lorenzana, cuya transcripción sirve de título al ms.

Añadimos nosotros que a dicho ms. le falta el folio 5-6, el cual sin embargo puede reconstruirse del ms. 60 de la misma biblioteca de que luego hablaremos.

(2) Examinando el ms. 96, *Concursos del Pontificado del Sr. Lorenzana* (Archivo diocesano de Toledo), a partir del año 1775 aparece el Canónigo Villagómez nombrado juez sinodal hasta el año 1797 (folios 75, 211, 233, 259 v., 286, 301, 333 v., etc. Sermones predica varios, según se colige de los Ms. 86 y 100 del mismo Archivo.

Del Presbítero Lexárcegui, aunque he extremado la búsqueda revolviendo más de cincuenta legajos del Archivo diocesano, no he sido demasiado afortunado en datos. Puedo consignar que nació en la villa de Bermeo en 15 de Octubre de 1753 (3). En 1786 se ordena de subdiácono por el Obispo de Constanza, auxiliar de Toledo, a título de una Capellanía fundada en la Iglesia Parroquial de Almagro, entonces del Arzobispado de Toledo. Al año siguiente recibe la ordenación de diácono, figurando ya como vecino de Toledo y adscrito a la parroquial de San Salvador, y al otro año, 1788, canta Misa (4).

Los clérigos procedentes del Norte, y más concretamente de la diócesis de Calahorra, que entonces comprendía las provincias vascongadas, abundan en Toledo en el Pontificado del Cardenal Lorenzana. Esta razón de procedencia puede justificar la amistad entre el Doctor Villagómez y el Presbítero Lexárcegui, todavía joven, menos de cuarenta años, y casi recién ordenado sacerdote.

Don Francisco Antonio Lexárcegui emprendería su itinerario con verdadera ilusión. Ahí era nada hacer un viaje a Italia como

(3) Los datos del nacimiento del Sr. Lexárcegui me los proporcionó amablemente el Sr. Cura Arcipreste de Santa María, de Bermeo, Don Ginés Aréchaga. En el Lib. 8 de Bautismos de dicha Parroquia figuran dos partidas de bautismo, una de Antonio de Lejárcegui Barandica, hijo de Juan y de María Antonia, nacido el 13 de Mayo de 1751 (fol. 44) y otra de Antonio de Lejárcegui Barandica, hijo de Juan y María Antonia, nacido el 15 de Octubre de 1753 (fol. 144). No aparece ningún Francisco Antonio, lo que hace suponer doblase el nombre en fecha posterior, quién sabe si por buscar la homonimia con el Cardenal de Toledo. Opto por identificar a nuestro biografiado con el de la segunda partida, porque supongo que si dieron el nombre de Antonio al segundo sería por haber muerto el primero, ya que no suele ponerse el mismo nombre a dos hermanos.

(4) En el *Registro de las Ordenes Generales celebradas en Toledo desde el año 1781*, fol. 57, hay una nota que dice: Francisco Antonio Lezarcegui (sic), natural de la villa de Bermeo, diócesis de Calahorra, a título de una capellanía fundada en la Iglesia parroquial de San Bartolomé de la Villa de Almagro de este Arzobispado, congrua suficiente, dispensados los intersticios, con dimisorias de su Ordinario. Ordenado de subdiácono por el Obispo de Constanza, Auxiliar de Toledo y Canónigo de esta Primada Yglesia en las Témperas de Quaresma.—No he podido encontrar las dichas dimisorias, que contendrían los datos exactos de nacimiento, etc. En otros legajos sólo pude hallar las solicitudes para las Ordenes Mayores y los certificados de haber practicado los Ejercicios espirituales para las mismas y haber sido examinado. (Leg. 3-1787-1282 y Leg. 3-1788-1291).

paje del Acediano de Calatrava y recorrer, en las mejores condiciones de comodidad y distinción, las bellas ciudades, llenas de recuerdos históricos y artísticos, de la península mediterránea.

Don Gregorio Alfonso Villagómez y Lorenzana había pedido a su tío licencia y bendición para efectuar una visita a Roma. El motivo que se aduce es satisfacer la piedad y bendición venerando las tumbas de los Santos Apóstoles. El Eminentísimo tío accede, en documento que deja traslucir, a través de la prosa curialesca, el afecto hacia el querido sobrino:

«Por quanto por p. te de vos el Dr. Don Gregorio Alfonso Villagómez y Lorenzana Arcediano de Calatraua, Dignidad y Canónigo de esta nra. Sta. Yglesia de Toledo, Primada de las Españas se nos han manifestado los vivísimos deseos con que os halláis de visitar y benerar personalmente los santos Sepulcros de los Sagrados Apóstoles Sn. Pedro y Sn. Pablo, suplicándonos fuésemos seruidos de concederos nuestra bendición y licencia para emprender a el efecto vuestro viaje a la Ciudad de Roma—Por tanto, deseoso de que pongáis en ejecución vuestros piadosos intentos logrando el espiritual consuelo que os lleba vuestra devoción a dchos. sagrados Apóstoles; Por la presente os damos con todo afecto nra. Pastoral bendición y licencia, para qe., precediendo los demás requisitos que sean necesarios de parte de nro. Illmo. Cavildo de dcha. nra. Sta. Yglesia Primada a fin de que se os tenga presente en ella para el goze de las rentas de vuestra dignidad y Canongía conforme a sus loables costumbres y acuerdos, podáis pasar a dicha Ciudad de Roma y permanecer en ella todo el tiempo que necesitéis para el cumplimiento de vuestros votos. Dada en Toledo a primero de Mayo de 1791.»

A esta concesión y licencia, el Registro de varios (5) del Pontificado del Cardenal Lorenzana anota copia de las testimoniales y recomendables letras dadas al Dr. Villagómez, en 5 de Mayo del mismo año. Están redactadas en latín académico, pulido y castigado, donde no se olvidan los títulos del referido Dr. Villagómez —«presbyterum, nepotem nostrum (nuestro sobrino, detalle que pesaría sin duda en el ánimo de los que recibieran el documento), in Sacra Theologia Vallisoletanum doctorem, equitem singularis

(5) Ms. 100, Pontificado del Cardenal Lorenzana. Registro de varios 1786-93, fol. 146.

Ordinis Hispani Caroli III stemmate decoratum, nostrae almae toletanae Ecclesiae Hispaniarum Primati Canonicum et Dignitatem Archidiaconum Calatravensem, necnon et Parochorum totius nostrae dioeceseos Synodalem Examinatorem, etc.—, es decir, para que todos lo supiesen —notum facimus— era Doctor en Sagrada Teología por la Universidad de Valladolid, Caballero de la insigne orden española de Carlos III, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral Primada de Toledo y Dignidad de Arcediano de Calatrava y, además, examinador sinodal. Y después de enumerar tan honrosos títulos, viene el no menos honroso testimonio de Lorenzana recomendando a su sobrino: no está incurso en ninguna suspensión, excomunión o interdicto y tiene en regla sus licencias sacerdotales, es más —quin potius, vitae et morum vere ecclesiarum integritate maxime commendabilem esse censemur— le juzgamos especialmente recomendable por la integridad de su vida y costumbres en todo eclesiásticas.

Parecidas Testimoniales, como anota a continuación el libro Registro de que venimos hablando, se expidieron a favor de Don Francisco de Elegarcegui (sic), Presbítero y Capellán del referido Dr. Villagómez, a quien iba a acompañar en el viaje a Roma.

Cuando después de hacer todos sus preparativos, ambos, Canónigo y familiar, se despidieran del Sr. Cardenal Arzobispo, no ocultaría Lorenzana su invidia hacia los afortunados viajeros que podían emprender un viaje a Roma, ciudad que tanto le fascinaba, a la sombra de cuyas siete colinas había de esperar la hora de su muerte, después de renunciar a la mitra toledana. Entonces formularía su deseo de que el Capellán acompañante anotase puntualmente en un diario las incidencias de la peregrinación y las curiosidades, que sus ojos de viajeros ávidos de impresiones captasen. Así lo da a entender Lexárcegui en la dedicatoria que puso a su obra:

«Esta relación de las particularidades que observé en Italia, durante el viaje que hice sirviendo a mi Amo el Sr. Arcediano de Calatrava, Sobrino de Vuestra Ema., presento a Vuestra Ema. como un evidente argumento del profundo respeto y veneración con que he recibido y recibiré siempre las más ligeras insinuaciones de Vuestra Ema., que se dignó onrrarme con este encargo antes de partir de esta Ciudad (Toledo)...»

Y no debió disgustar al Eminentísimo Lorenzana la relación

del familiar de su sobrino, aunque sólo fuera por la evasión que supone de las diarias preocupaciones, la lectura de un Itinerario agradable. Al menos, el juicio que el propio Lorenzana estampó de su puño y letra al comienzo de la obra que me ocupa en el mismo manuscrito utilizado para este estudio, es bastante favorable al trabajo del Sr. Lexárcegui.

«Esta descripción e itinerario la hizo el Presbítero Don Francisco Antonio Lezarzegui, Familiar de mi sobrino el Arcediano de Calatrava... al que acompañó en todo su viaje a Roma i volvió con él hasta esta ciudad de Toledo, y aunque el estilo no sea muy culto, es mui verídico, i exacto en referir lo que vió».

El manuscrito a que acabamos de referirnos es el 350 autógrafo de Lexárcegui, pero se conserva también otro en la Biblioteca Provincial, que pese a su mejor aspecto, encuadernación en piel, buenos márgenes y letra uniforme, no tiene la importancia del primero, por estar transcrito por copista asalariado y no añadir nada fundamental al borrador primitivo, reduciéndose las variantes a erratas del amanuense. Lástima que el Sr. Esteve Barba no haya insistido en su Catálogo (6) en la identidad de ambos códices.

Aquí entra ya nuestro análisis y comienza nuestra curiosidad por la obra del Presbítero Don Francisco Antonio Lexárcegui. ¿Cuáles eran las ideas de aquellos dos clérigos toledanos que emprendieron un viaje a la Italia de finales del siglo XVIII? ¿Cuáles sus criterios estéticos? ¿Cuáles sus emociones y sus preocupaciones? ¿Cómo vieron ellos Italia? Aquella Italia a horcajadas sobre uno de los momentos cruciales de Europa.

Hacía tres años que la Asamblea Nacional había dado a Francia una nueva Constitución. El Antiguo Régimen había caído para-

(6) Pág. 61. Este ms. es el 60, así descrito: Diario del viaje a Italia desde Barcellona del Señor Doctor Don Gregorio Alonso Villagómez y Lorenzana, Canónigo y Arcediano de Calatrava de la Santa Iglesia Primada de Toledo, formado por el (su) Capellán Don Francisco Antonio Leggarregui (sic) que le acompañó en dicho viaje y presentado personalmente al Emmo. Señor Cardinal de Lorenzana Arzobispo de Toledo.—Pág. 1 E: Eminentísimo Señor. Esta relación... Pág. 598. A: a Barcelona, después de pasar algunos sustos en ella.

Págs. 599-618 Yndice general.

3 g. + part. + 618 págs. + 2 h. bl. + 1 g.—300 × 205 c. esc. 200 × 145. 18 líneas. L. de principios del s. XIX. Lleva los sellos de la Biblioteca Nacional.—Enc. piel.

tosamente. La *grande peur* de 1789, prelude de tantas otras jornadas dolorosas y sangrientas, había entenebrecido aquel dulce país. Europa entera está a la expectativa. Todavía la Convención no ha mandado a la guillotina a Luis XVI y a su bella esposa María Antonieta, pero ya en una oscura guarnición de provincias un subteniente taciturno, de ascendencia corsa, simpatiza con los revolucionarios, y sueña grandezas, porque es concentrado y ambicioso. Napoleón Bonaparte, en su alucinante cabalgada sobre Europa, va a subvertir tantas cosas queridas a los hombres del setecientos. Estamos, pues, en una hora bien interesante para el viejo continente.

Nuestros viajeros nada de esto perciben. Ni una sola alusión a los acontecimientos contemporáneos, ni la más leve sombra de preocupación todavía. El Canónigo Villagómez y su familiar revistan una Italia confiada, que prolonga en el Neoclásico y en la fiebre erudita del Despotismo ilustrado, las eclosiones del Renacimiento y del Humanismo. Grandes Duques en Florencia, Borbones y Tannuci en Nápoles, los Dochés, borrachos de la púrpura de su toga y de los crepúsculos venecianos en la fastuosa ceremonia del Bucentauro... En Roma, el Papa Braschi, restaurador de palacios e iglesias y promotor de empresas artísticas, ajeno aún al calvario que le depararía el Directorio francés.

El diario de Lexárcegui, por este concepto, por haber captado el momento alegre de aquella Italia en que el «tramonto» no presente todavía la noche, encierra ya un encanto que enternece. Si aquel mundo amable que precedió a la Revolución creyeron que podía desaparecer, al menos tuvieron la elegancia de espíritu de guardarse su terrible secreto para ellos solos y legarnos nada más que unas impresiones mitad eruditas, mitad curiosas, pero tan objetivas que resultan frías, en un *ne quid nimis* que más trasciende a Poética de Boileau, en su versión de Hermosilla, que a Epístola a los Pisones.

La verdadera clave del diario del Presbítero Lexárcegui hemos de encontrarla en las palabras de presentación que hace de su Itinerario a su Prelado, y que antes cité.

En efecto, la sombra del insigne Cardenal Lorenzana acompaña a los viajeros. Su espíritu, que había permeado el espíritu de sus deudos y colaboradores, moldeándoles a su forma y semejanza, late en todo el Itinerario.

Cuando Lexárcegui describe el Instituto de Bolonia, o habla de la pobretería holgazana de esta ciudad, o alude a los montes yermos que se cruzan antes de llegar a Roma, o indica que tal paseo carece de árboles, o que en tal palacio, junto a una colección de medallas antiguas, existe una librería rica en códices antiguos; cuando se detiene, con delectación morosa, a describir los cuadros y las esculturas de las Galerías romanas, y cuando hace el elogio más cumplido del Pío VI, como Papa gobernante dentro de las corrientes impulsoras de reformas del siglo XVIII..., el clérigo toledano piensa en el agrado con que su Señor leerá estos insignificantes detalles.

Porque Lorenzana, aunque muy dentro de la época de peluquines y casacas de la Ilustración, es un brote tardío y señero que enlaza, y no desmerece, junto a los ilustres Cardenales toledanos del Renacimiento: Mendoza, Cisneros, Tavera, Sandoval... A gritos está pidiendo una completa biografía, después del esquema que de su vida y obra nos ha trazado el académico de la Real de Toledo, Don Clemente Palencia. No hay monumento, institución o empresa religiosa ni científica que no haya recibido la ayuda material, el aliento, la restauración o la vida de este gran Cardenal. Su escudo es el último que nos ha transmitido esculpido el granito de Toledo.

Su vida es un ejemplo de honrada meticulosidad en el trabajo. Ahí están los cientos de legajos, registros y libros de cuentas de su Pontificado, no superado este material archivístico por ningún otro Arzobispo de esta Sede. Día a día anotan sus familiares y secretarios desde los gastos de casa hasta las obras de restauración de edificios religiosos o limosnas copiosísimas. Su correspondencia, aún por clasificar, abarca temas, personas y asuntos múltiples. Los manuscritos de su copiosa librería —hoy en gran parte en la Sala Reservada de la Provincial de Toledo—, nos sorprenden con notas autógrafas, índice de su trabajo personal de revisión y enmienda.

La Catedral fué remozada en sus días con un reboque interior, y a él se deben los frescos del claustro, el monumento grande y los candeleros de bronce del presbiterio.

Las iglesias de la ciudad —San Marcos, San Clemente, Santa Leocadia, parroquia de San Pedro— nos han legado el académico neoclasicismo que las imprimió en su restauración.

Su espíritu caritativo plasmó en obras inteligentes de beneficencia, como la Real Casa de Caridad, instalada en el Alcázar, por él restaurado, o el Hospital de Dementes, levantado de nueva planta. Y para que el Humanismo decadente no hallase queja, un dístico latino —tormento de mis primeros años de latinista— luce su bronce dorado en la fachada:

MENTIS INTEGRÆ SANITATI PROCURANDÆ
AEDES CONSILIO SAPIENTI CONSTITUTÆ

Mansión levantada con el sabio propósito de procurar la completa salud de las inteligencias, que con tan discreto circunloquio se alude a la misión del edificio.

Esta preocupación rehabilitadora del desgraciado y del humilde, llevó a Lorenzana a cooperar con entusiasmo en la obra reformista de los Ministros de Carlos III. Circulares y pastorales del Cardenal, descenden a detalles tan significativos como el modo de varear las aceitunas o impulsar la repoblación forestal en huertas y posesiones eclesiásticas.

Pero fué en el orden cultural donde su obra resultó más notable y profunda. Editó las obras de los Padres toledanos, los libros litúrgicos del rito Mozárabe (ediciones perfectas en su género, que la Patrología de Migne incorporó sin escrúpulo) y levantó, de nueva planta, una sede digna a la gloriosa Universidad de Santa Catalina.

Este gran Señor, cuyas cartas de recomendación acompañaban a su sobrino el Arcediano de Calatrava y a su familiar el Presbítero Lexárcegui, acompañaba también en espíritu a los dos viajeros toledanos y les prestaba el prisma para ver aquella Italia, entonces, como toda Europa, en fiebre de científicismo y crudición.

El Canónigo toledano y su paje, «embarcaron en Barcelona el día 4 de Julio de 1791 en una fragata maltesa que montaba 42 cañones», y corriendo las costas de Francia llegaron «a la famosa y amenísima ribera de Génova».

Desde este instante, Lexárcegui anota sus impresiones, que cuando son personales no carecen de encanto.

La costa de Génova «es muy parecida a la de Cataluña por su hermosa situación y buen gusto en el cultivo de la tierra, y al

acercarse a Génova se presenta a la vista toda ella y se suspende el ánimo, que ya comienza a disfrutar las grandes delicias de la Italia».

Aún no han pisado los dos eclesiásticos toledanos la tierra italiana, y ya presienten la emoción del «bel paese».

Génova —observa el viajero— «es verdaderamente muy rica, y yo atribuyo en parte estas riquezas al grande comercio que tiene con todas las demás naciones, pero principalmente contribuye a esto la moderación, poco luxo o ninguno que gastan los Genoveses en el vestir y en todo lo demás, como que la gala maior o más noble que tienen se reduce a un vestido negro sin adorno ninguno, quando las demás naciones ocupan todo el tiempo en abriguar las modas, y por consiguiente emplean todos sus caudales en los adornos exteriores y en Banquetes que acarrecan mucho peso así al Alma como al Cuerpo».

Tras Génova, «cuyo puerto no tiene cosa particular», y es ciudad situada «en la falda de un monte», con palacios magníficos y calles «sumamente estrechas y largas, por los lados enlosadas y lo demás empedrado de canto, y paseos sin cosa especial y con poquísimos árboles en ellos», pasan los viajeros al Ducado de Parma y de allí a Bolonia, ciudad de 75.000 habitantes y su distrito de 250.000.

No hemos transcrito sino unas líneas del Diario de Lexárcegui y ya apuntan las notas dieciochescas: interés por la agricultura, el comercio y la urbanización, gusto por el paisaje y el arbolado, crítica de las costumbres.

Mas Bolonia da ocasión a nuestro viajero a una alusión bien directa a Lorenzana y a su obra benéfica del Alcázar. «Es muy abundante Bolonia —dice— de todos los géneros necesarios; y muy colmada de fundaciones piadosas para socorrer todas las necesidades de sus habitantes; pero todas son antiguas y falta entre ellas la principal que es un Hospicio, en que recoger la mucha pobretería holgazana y hacerla útil con el establecimiento de fábricas. La falta de éstas hace que, siendo mucha y excelente la anual cosecha de cáñamo y seda, no se saca de ella el fruto que se pudiera, y se deja al extranjero toda la ganancia de la manufactura. Así es que este defecto, que los extranjeros nos atribuyen a nosotros, lo padecen muchos de ellos en igual o mayor grado».

Cuando a las tres o cuatro hojas del manuscrito el Cardenal se encontrase con estas líneas, sonreiría satisfecho, pensando en la Real Casa de Caridad que él levantara.

En Bolonia hay muchas cosas dignas de atención. Su Instituto, fundación del General Marsilli, es el que «dió regla a todos los Gabinetes de Europa. Es muy cumplido en todas sus partes. Tiene una magnífica librería, muy cumplida de exquisitos manuscritos. Un observatorio astronómico, con todos los instrumentos necesarios para su uso. Se tienen en él lecciones de Matemáticas, Táctica, Historia Natural, Química, Botánica y demás ciencias útiles...»

De Bolonia salieron los viajeros el día 3 de Septiembre a las seis de la mañana y llegaron a Florencia a la una de la mañana del día siguiente, pues «se reduce a atravesar el Apenino, montaña, a veces deliciosa, a veces árida».

«En general —siguen las observaciones fisiocráticas—, por lo que hemos visto hasta ahora, no es campaña tan fértil ni tan cultivada como la Lombardía, y en las inmediaciones de Florencia todo está de viñas».

En esta ciudad anota, día a día, los monumentos que visitaron en la que fué cuna del Dante.

«El día 10 de Septiembre la Catedral, «cuya torre es pieza digna de ponerse en un escaparate», y el Gran Palacio de los Médicis, «delante del cual hay cuatro estatuas del famoso Buonrotti muy deterioradas».

«Día 11 vimos la Anunciata, soberbia Iglesia en que sólo se ven exquisitos mármoles... Vimos la Iglesia de Santa Cruz de los Padres Franciscanos... Vimos también el Convento Dominicano de Santa María Novella... Lo singular de este Convento es la Botica, en la que se fabrican las mejores esencias, espíritus, olores y perfumes para el consumo de toda la Italia».

«Día 12 vimos los Jardines llamados de Bóboli, anejos al Palacio Pitti, donde residen los grandes Duques. Su piso es incómodo por estar todo en cuesta, pero esto mismo sirve para formar excelentes puntos de vista. En efecto, en varias eminencias se descubre a un golpe de ojo el total de los Jardines, la vista de Florencia y la de gran parte de su campaña, circundada del Apenino, vista ciertamente deliciosa sobre toda ponderación. Por lo restante, nuestros jardines de la Granja, los del Aranjuez y aun el Paseo

del Prado, exceden a éstos en todo, a excepción de las estatuas, que son particulares como todas las de Florencia».

«De aquí pasamos a observar el Palacio Pitti, que en su exterior nada anuncia menos que el ser residencia de los Soberanos, pero en lo interior es tan magnífico que él solo basta para acreditar a Florencia».

Y se extasían nuestros viajeros con las maravillas del famoso Museo, y en días sucesivos admiran el célebre Baptisterio, la Real Galería, el Museo de Ciencias «con sus figuras anatómicas ejecutadas en cera, con tal propiedad en sus colores que engañan a los sentidos»; el Jardín Botánico, bellísimo y bien mantenido; la Academia de las Artes, «que en un país donde éstas se aprecian tanto, es ocioso de escribir el buen pie sobre que está montada». Tales instituciones llenan de satisfacción a nuestros eclesiásticos al pensar que podrán referir como por ellos vistas aquellas espléndidas muestras del interés por la erudición y cultura de su pueblo del Emperador austriaco Pedro Leopoldo.

Lexárcegui, que habla con verdadero entusiasmo de este Soberano, dice: «Otra muestra de la humanidad de Pedro Leopoldo y de su preocupación de gobernante, es el Hospital de Santa María Nova. Corrimos inmensidad de salas llenas de enfermos de todas clases, sin percibir el menor olor en ninguna de ellas. Es sorprendente en todas sus partes, aunque a pesar de los que le hacen el primer Hospital de toda Europa, debe en mi concepto ceder el puesto al General de Madrid», apostilla en su Diario el familiar del Dr. Villagómez, pleno de fervor por la fundación de Carlos III. Y continúa haciendo observaciones, por si su aplicación pudiera ser útil en España. «Lo más particular en él (en el Hospital de Florencia) se encuentra en la cocina, mecanismo modernamente inventado por un florentino, en el que con un solo moderado fuego, que ni se ve ni exhala el menor vapor, se condimentan a un mismo tiempo todos los géneros de comidas que sirven a tantos enfermos y dependientes de el Hospital, se purifica el aire de todo este vasto edificio, se templan las habitaciones necesarias y se mantiene una fuente perenne de agua caliente para el servicio de los baños. Es en suma un mecanismo el más a propósito para cualquier Hospital, Hospicio o Comunidad bien arreglada».

De Florencia pasaron a Pisa, donde estuvieron un solo día,

aunque deja nota exacta de lo que vieron, y el día 20 pasaron a Liorna, «en cuyas inmediaciones, que consisten en un monte continuado, son los terrenos más parecidos a los nuestros que hayamos encontrado en Italia».

Aquí visitaron la Sinagoga, «edificio restaurado por Pedro Leopoldo» —pues a todas partes llegaba la preocupación del hacendoso Monarca—. «Se leen las dedicaciones consagradas a los judíos más principales entre ellos, y nos fué harto sensible el no leer otros apellidos que los de Fernández, Ruiz, Sarmiento, Medina, Falcón, y otros de este modo. Aquí supimos que a todos los judíos, sin distinción de sexos, se les enseña la lengua española, en la que los predicán los Rabinos, y todas sus Scripturas y Archivos los conservan en lengua portuguesa. Es muy rico el gremio de Hebreos de esta ciudad, cuyo número asciende a 16.000. Están muy protegidos, y no se hace con ellos la menor cosa que los distinga de los demás». A esta misma Sinagoga acudirían ambos viajeros una semana después «a ver la celebración del año nuevo de los judíos, y salimos con las cabezas aturdiditas de la gritería de millares de ellos, que voceaban a la par a quien podía más».

A pesar de tal convivencia con hebreos e ingleses protestantes, apunta Lexárcegui: «Lo que observamos durante nuestra demora con mayor complacencia fué que los actos externos de la Religión Católica se hacen con una pompa y magnificencia superior a la nuestra, cosa muy edificante en una ciudad donde reina por constitución el tolerantismo».

A los doce días de estancia en Liorna, partieron el 3 de Octubre para Roma, «después de mil incomodidades para sellar nuestro equipaje... Pasamos la noche en una Posada infeliz (que también por acá las hay), llamada de la Scala».

Pasaron por Siena, vieron el Duomo o Catedral, «que es un pedazo de filigrana gótica», el Colegio Tolomei «con plazas para más de cien cantores de todas las naciones siendo católicos», y la Universidad, «que no vale nada».

El día seis fueron a comer a Viterbo, «ciudad mediana, que solo tiene de bueno muchas y hermosas fuentes», y el 7 «seguimos nuestro viaje por campañas muy áridas, y viendo siempre gente que acusaba miseria impropia de la grandeza de la vecina Roma. La primera vista de esta gran capital, que se logra a 19 millas de

distancia, ofrece un momento delicioso, así por la enorme extensión de su planta, como por la prevención de la fantasía en favor de esta gran metrópoli, pero es un contento momentáneo, que se pierde luego de vista y se continúa hasta 9 millas de Roma por las mismas arideces ya descritas».

Paremos también nosotros a descansar un momento con ambos viajeros, y lamentemos que ya el tren o el avión no nos dejen espacio para saborear vistas deliciosas o lamentar panoramas áridos. Y menos para poder escribir esta frase, que seguramente encierra toda la emoción de los fatigados peregrinos: «por la Puerta del Pópolo, por la célebre Via Flaminia, llegamos a las oraciones a Roma».

Aquella noche, tras breve trayecto por el Corso, llegaron al Convento de Trinitarios Calzados españoles de Via Condotti, donde se hospedaron durante su estancia en la Ciudad Eterna.

Aquí Lexárcegui deja la redacción del Diario que hasta ahora había usado y emplea el sistema de describirnos Roma mediante itinerarios turísticos a través de la Urbe. Indudablemente su «Viaje», al llegar este momento, pierde mucho de interés anecdótico y personal para convertirse en un recuento monótono, que llega a cansar a fuerza de citar monumentos, iglesias, palacios, circos, foros, obras de arte y sus correspondientes autores, que vió, admiró y visitó despaciosamente durante su detenida estancia en la capital del Orbe católico. Además, aquí aparece la ascendencia vasca del escritor en la pobreza de epítetos en descripciones y referencias.

El Dr. Villagómez y su familiar debieron permanecer en Roma más de seis meses. Llegaron a esta magnífica ciudad en la mejor época del año, la «ottobrata», cuando el sol, que alumbra sin quemar, dora de piel de león el travertino de las edificaciones. Octubre es el mes ideal en Roma. También el otoño, en una ciudad que no ha olvidado totalmente su abolengo pagano y en la que el agro se mete en la urbe a través de villas que son mitad granjas y mitad viñas, se alegra con el vino de los castillos romanos y el triunfo báquico de la vendimia. Luego Navidad, con las evocaciones de Belén en las tablas del pesebre de Santa María la Mayor y la locura de la Befana en la Piazza Navona. Y pronto, porque el tiempo pasaría rápido en el fecundo ocio de las visitas y el estudio erudito de monumentos y antigüedades, la Cuaresma

romana, con las iglesias estacionales que en el Misal son un nombre sin sentido y en Roma hacen vivas las alusiones locales de los textos litúrgicos al templo o a sus recuerdos. Y la Semana Santa, con todo el esplendor de ser el Sumo Pontífice el Oficiante en la celebración de los divinos Oficios entre el boato de Cardenales y Monseñores. Ni faltaría en aquellos días la visita a Santa Cruz de Jerusalén, la Iglesia titular del Cardenal Lorenzana y adornada con las reliquias más insignes de la Pasión.

Pero nada de esto nos cuenta Lexárcegui. Ni una alusión a una fiesta religiosa, ni una evocación personal de una asistencia, ni un recuerdo para la iglesia titular visitada en la fecha señalada por la Liturgia.

Las buenas relaciones del Cardenal Lorenzana con la Curia Pontificia, de la que nada menos que el Secretario de Pío VI era un español, el Cardenal Zelada, debieron ser aprovechadas por el sobrino de aquél y por su familiar para introducirse en aquella sociedad eclesiástica, que recibiría cortés y obsequiosa al nepote del Primado de las Españas. Pues no hay una sola alusión personal de una tarde de tertulia entre tomas de rapé y eruditas disertaciones.

No le podemos perdonar a Lexárcegui el haberse reducido a darnos una guía de Roma, meticulosa, pero mediana, y habernos privado del encanto de estos recuerdos íntimos y vividos, que si no prodiga tampoco escatima en la primera parte de su Diario.

Su recorrido a través de basílicas, monumentos paganos o galerías de arte, podría irse pespunteando sobre un plano de Roma, ya que adopta el sistema de ir describiendo la Ciudad Eterna y sus curiosidades por orden topográfico. Bien pudo responder tal itinerario al mismo orden de visita que practicasen ambos eclesiásticos, procedimiento que facilitaban las guías de la época que, como las de hoy, señalan topográficamente lo más interesante en cada «rione» o barrio. El lector posterior del Diario podía hallar a su vez un cierto orden lógico en la exposición, y todo ello determinaría el que Lexárcegui adoptase el sistema que acabo de indicar.

En cuanto a las fuentes de información para componer su «Guía» descriptiva, pudo muy bien el presbítero de Bermeo utilizar la abundante Bibliografía que sobre Roma, sus monumentos, anti-

güedades e instituciones entonces abundaba, mucho más, ciertamente, que en nuestros mismos días. Desde el Renacimiento, y siempre en auge, todo lo romano —arte, religión, literatura, arqueología...— era la obsesión de estudiosos y eruditos. El siglo XVIII, con la floración de las Academias y el triunfo del Neoclasicismo, puso de moda lo romano, que se cotizaba como símbolo de elegancia. Cualquier prócer, y más si era eclesiástico, había de convertir su morada en un pequeño museo, donde alternaban cuadros, ánforas etruscas, decoraciones pompeyanas, trozos de lápidas, camafeos y medallas. El gusto por las estampas —reproducción en magníficos grabados de las bellezas clásicas— motivó el ornato de galerías y deambulatorios. Las bibliotecas y librerías guardaban con orgullo ediciones suntuosas, salidas de las prensas de Venecia o Roma, que ostentaban en sus portadas, junto al título sobre un tema clásico, el nombre del regio personaje que había costado la obra. Nuestra rica Biblioteca Provincial, que heredó los fondos de Lorenzana, Borbón e Institutos Eclesiásticos, es clara prueba de mi aserto (7).

Hay una diferencia esencial empero entre las guías populares de Roma, por entonces destinadas a los peregrinos, y el Itinerario de Don Francisco Antonio Lexárcegui. Estas guías, aparte de su carácter práctico e inmediato de servicio al forastero, se distinguen por la poca discriminación crítica y por poner de relieve cuanto pueda avivar la devoción del peregrino. Milagros, localización de hechos relacionados con santos, cantidad de reliquias que atesora cada iglesia y también indulgencias que su visita tiene concedidas, las anotan tales guías escrupulosamente. Véase un ejemplo en el mismo título que Francisco de Cabrera

(7) En la Biblioteca Pública de Toledo se encuentran magníficas ediciones de éstas, v. gr. la de CARLO FONTANA, *Il tempio vaticano e sua origine, con gl'Edificii più conspicui antichi, e moderni fatti dentro e fuori di esso*, Roma, 1694, edición monumental con espléndidas láminas y grabados.—Item de COSTAGUTI, *Architettura della Basilica di San Pietro*, Roma, 1684.—Desgotets, *Les edifices antiques de Rome*, París, 1779.—FAUNUM LUCIUM, *De antiquitatibus urbis Romae*, Romae s. a.—FELINI, *Tratado nuevo de las cosas maravillosa de la alma ciudad de Roma*, Roma 1610, etc. Son cerca de un centenar las obras que tratan sobre el tema de Roma, sus templos, arquitectura, inscripciones, etc. que figuran en el Catálogo de la referida Biblioteca y de las que hemos citado algunas como espécimen.

Morales puso a una obra suya impresa en Roma en 1604. *Las iglesias de Roma con todas sus reliquias y estaciones, donde se trata del modo de ganar las indulgencias, la significación de los Agnusdei, la sucesión de los Romanos Pontífices, Emperadores y otros Príncipes Christianos. También se pone la guía de los peregrinos, para que se puedan enterar fácilmente de las cosas de Roma, de cuyas antigüedades se trata en general al cabo de esta obra.* Y como única muestra, vean nuestros oyentes el cúmulo de indulgencias y reliquias de que goza Santa María la Mayor, según Francisco de Cabrera:

«Hay 12 mil años, y cada día hay 6,048 años, y otras tantas cuarentenas de indulgencias, y la remisión de la tercera parte de los pecados, y quien celebrare o hiciere celebrar en la capilla del pesebre, librárá un ánima de las penas del purgatorio. Y están en dicha Iglesia los cuerpos de S. Mathía Apóstol, de San Rómulo y Redenta, de San Hierónimo, y el Pesebre adonde nació Christo en Bethelém, y un pañizuelo con el qual la Virgen emboluió a Christo, y la estola y manípulo de san Thomás, Obispo de Conturbia, teñida de su sangre... y otras muchas reliquias las quales se muestran el día de Pasqua después de Visperas, y fuera los suso dichos ornamentos, Sixto tercero dió un altar de plata de quatrocientas libras; tres patenas de plata de quarenta libras cada una, cinco vasos de plata y 28 coronas de plata, un cieruo de plata encima del Baptisterio, etc., etc.»

Nada de esto, indudablemente tan enternecedor, nos refiere el presbítero Lexárcegui. Ni una sola vez anota las indulgencias concedidas a tal o cual basilica. Solo raramente, y cuando se trata de reliquias muy insignes —el cuerpo de algún mártir, por ejemplo—, nos da su paradero. Esto lo resaltamos no tanto como un reproche cuanto como un criterio de serenidad y altura. Pero que hace destacar la escrupulosidad de Baedeker con que apunta los cuadros, los frescos, las esculturas y sus respectivos autores, añadiendo un juicio, más o menos prestado, sobre la obra y su ejecutor. La lectura de su Diario romano es terriblemente fría desde el punto de vista religioso. Ni una sola vez aparece la emoción en sus páginas. Esa emoción que no han intentado disimular ni los mismos espíritus despreocupados. Porque sabemos que el motivo principal de su viaje era movido por la devoción —venerar las tumbas de los Santos Apóstoles—, pero

el Diario no deja traslucir el menor resquicio de sentimientos piadosos.

Voy a dar unas muestras de los lugares en que todo peregrino no puede menos de conmoverse, pero que a Lexárcegui escritor le dejan -- al parecer -- completamente frío. Me refiero a la tumba de San Pedro en el Vaticano, la Escala Santa y las Catacumbas.

«La Confesión de san Pedro -- dice -- y el altar mayor, están bajo de la gran cúpula, y en medio del crucero, que debajo de él reposa el cuerpo del Príncipe de los Apóstoles, y por eso están ardiendo continuamente 132 lámparas de plata sostenidas de cornucopias de metal dorado, colocadas alrededor de una balaustrada circular, que por medio de ella se baja por dos escaleras a la Confesión de san Pedro, que al fin de ellas hay dos bellísimas columnas de alabastro, don precioso del Cardenal Celada. Lo interior está adornado primorosamente de mármoles escogidos, de ángeles, de festones y de estatuas de los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, colocadas a los lados de un cancel dorado. Por este mismo cancel se ve una especie de nicho, que propiamente se llama Confesión, que en su fondo hay una imagen antigua del Salvador de Mosaico y su piso está cubierto con una cruz».

Esto es todo, minuciosamente descrito, pero ni la menor alusión al Credo, rebotante de fe, que todos los fieles suelen rezar junto a la tumba de San Pedro.

Vayamos ahora con él a la Escala Santa, aunque la fuerza con que acumula detalles piadosos pueda ser indicio de emoción:

«Saliendo de la basílica (de Letrán) por la puerta de la fachada principal, se encuentra a mano izquierda la escalera santa... la cual fué del Palacio de Pilatos, y por la que salió (nótese el italianismo) muchas veces nuestro Redentor, y por tanto se tiene en mucha veneración de los Fieles, y no dejan subir por ella sino se va de rodillas, y luego salen por otra escalera. Y es tal el concurso que sube al cabo del año, que todos los escalones están gastados, y por tanto Clemente doce mandó que se cubriesen de tablas de nogal, y así subsisten hoy...»

La descripción de las Catacumbas, tras hacer piruetas críticas poco afortunadas sobre su origen, no trasluce la menor impresión religiosa. Todo es frialdad y erudición de segunda mano.

«Por la puerta que está junto a la Capilla de San Sebastián

se baja a las Catacumbas o Cimiterio de S. Calixto (son dos cosas distintas que Lexárcegui confunde), donde el terreno está cavado en forma de corredores, obra propiamente de gentiles, que la cavaron para servirse de la tierra llamada puzzolana. En este mismo sitio era donde se escondían los cristianos en tiempos de las persecuciones, y donde enterraban a los Christianos que morían. Estas catacumbas son las mayores entre todas, y se gira por debajo de tierra más de dos leguas. Se dice también que habían sido sepultados en este sitio 14 Papas y 170.000 mártires, entre éstos el cuerpo de San Sebastián llevado por Santa Lucina».

Mas no quisiera yo que por lo dicho se dedujese que el Diario de Lexárcegui pierde todo su mérito e interés. Para quien conozca Roma, aquél es indudablemente sabroso, aunque por despersonalizar demasiado su narración la haga perder encanto. Mas algunas de sus descripciones u observaciones son muy estimables y no carecen de belleza literaria. No he de abusar de ejemplos, por imperativos de brevedad, y así me reduciré a alguna muestra. Véase qué agudamente sabe observar los efectos de luz de unos de los frescos de Rafael en las estancias vaticanas:

«En el cuadro último que está enfrente, está representado S. Pedro en la cárcel y un ángel que le está soltando la cadena y le saca fuera de la prisión; y es tal la luz que figura en este cuadro que parece idéntica y se pasma uno al verla, y ésta es obra del mismo Rafael, y lo que en este cuadro se maravilla es cómo pudo expresar cuatro luces diferentes, como son la del ángel dentro de la cárcel, de este mismo ángel fuera de la cárcel, de la luna en medio de las nubes, y la de una linterna que tiene en la mano uno de los soldados que reverbera particularmente sobre sus armas».

Otras veces narra con tal viveza y gracejo que no están ausentes de su pluma las mismas notas pintorescas. Por ejemplo, cuando describe la visita a la cúpula de San Pedro:

«Se sube a la vóveda por una escalera de 141 escalones en caracol, que desde este sitio hasta la cruz de la cúpula hay 420 palmos, y se sube a ella por una escalera de 28 gradas, que poniéndose sobre la cornisa se ve de cerca todo su exterior, que está adornado de columnas de travertino, que están colocadas alrededor. Y de aquí se pasa a un corredor interior que da giro a la misma cúpula, que a la verdad da mucho gusto ver todo su inte-

rior, y también el pavimento de la iglesia, que los hombres que están en él parecen hormigas. Volviendo a salir al exterior de ella, se puede subir por varias escaleras a la parte donde la cúpula es dopia (= doble) y por entre medias de las dos, que hay una escalera, se sube a la pequeña cúpula, y después por otra escalera hasta la gran bola de bronce, que dentro de ella caben 16 hombres muy a gusto, en la cual hay infinitos nombres y apellidos de las personas que han subido a ella. Desde aquí por una escalera de hierro, que está por de fuera, se puede subir hasta el remate de la cruz, y regularmente los que se atreven a subir son los Ingleses, y este es el sitio donde se ve la grandeza del universo...»

Para quien reserva Lexárcegui en Roma su admiración y sus elogios es para Pío VI, Pontífice entonces reinante. No como Papa, a quien indudablemente debió visitar, pero cuyo hecho silencia, sino como soberano de los Estados Pontificios que, muy a tono con las ideas de los monarcas del Despotismo ilustrado, gobernaba con una actividad pasmosa, que se traslucía en obras beneficiosas para el pueblo y embellecedoras de Roma. Dos obras del Papa Braschi ganan sobre todo el entusiasmo del clérigo toledano: el Museo Pio-Clementino, «que el actual Pontífice —escribe— diariamente lo va llenando con mil preciosos monumentos antiguos» (y cuyas obras morosamente describe) y las lagunas pontinas.

La desecación de tales pantanos había sido obra de arrestos imperiales —Julio César, Augusto, Domiciano, Nerón, Trajano— y, cito sus palabras, «a la decadencia del Imperio Romano, siendo de nuevo abandonadas por mucho tiempo, volvieron a inundarse enteramente y aun en estos tiempos subsistirían de este modo si no fuese por el inmortal Pío VI, nacido verdaderamente para grandes empresas, que comenzó el desaguarlas casi enteramente, con una destreza tal que se puede asegurar sin lisonja alguna (a no ser que tengan comunicación estas aguas con las del mar) que no volverán a inundarse jamás, y que ha conseguido el triunfo que muchos Emperadores Romanos no consiguieron. Como que en el día se cultiva esta campiña mandando hacer varias Casas y Almacenes, después de haber reformado la Vía Apia, la cual sigue en línea recta hasta la ciudad de Terracina, que hay cerca de siete leguas, con un canal hermosísimo a un lado del camino,

a donde se recogen todas las aguas de este vastísimo terreno, con las que se ha hecho navegable».

No hablaría con más entusiasmo -- nihil novum sub sole— un italiano del Littorio, cuando Mussolini, llevando a cabo idéntica empresa, ganaba al cieno y a la malaria tierras bonificadas para la patria.

No se redujeron a la sola Roma el Dr. Villagómez y su familiar, sino que hicieron gratas excursiones a los castillos romanos, poblaciones cercanas a la urbe, de paisajes incomparables entre las ruinas de los acueductos y la paz bucólica de lagos y rebaños. Y de todo ello queda constancia en el Diario de Lexárcegui.

Aunque ya advertimos que al llegar a Roma el Diario abandona la cronología, por dos alusiones en el texto sabemos que, antes de la Semana Santa de 1792 (aquel año ocurrió el Domingo de Resurrección el 4 de Abril), hicieron ambos viajeros una visita detenida a Nápoles, «ciudad muy populosa, como que tiene tres o cuatro veces más gente que Roma, que tiene la misma que Madrid, poco más o menos. Es deliciosísima por todas sus circunstancias. Entramos de noche, por lo que no vimos puerta alguna ni tuvimos registro alguno. Las calles son muy buenas, y la mejor de todas es la calle famosa llamada de Toledo, que es larguísima y muy ancha. En esta calle es donde están la mejor parte de los comerciantes, y a donde concurre la gente todas las tardes, ya la de las carrozas como la de a pie. Habrá como unos 40 mil carruajes, entre coches, berlinas y calesines, para el que quisiese ajustarlos. Los palacios son muy buenos, pero no llegan a los de Roma. De conventos hay una infinidad de ellos, como que solo de Dominicos hay 18...» Y sigue, con la misma animación, describiéndonos el Puerto, el Vesubio, la Gran Gruta o Túnel de Parolo (obra que lleva el sello del gran Virrey español Don Pedro de Toledo), el sepulcro de Virgilio, el lago del Averno, la laguna de Aquerusia..., lugares todos para llenar la fantasía con el recuerdo de citas de poetas y autores clásicos, que ahora Lexárcegui gusta de aducir con prodigalidad. Para ser exactos, digamos también que en esta parte de su Diario aparece una anécdota interesante.

«Un cuarto de legua (de la Gruta del Cane) está el Monte Astroni, en donde el Rey de Nápoles, de seis en seis años, suele dar un día de Campo magnífico a toda la Grandeza, convidando a los

Forasteros de distinción, con la diversión de una Cacería de Jabalíes, ciervos y venados, los que cazaban a caballo con lanzas, para lo que se arman dos compañías de las personas más distinguidas, vestidas a la española antigua, mandándoles el Rey mismo; por lo que nos tocó ver esta diversión por una rara comodidad, a la que fué convidado mi amo y Señor».

Si el tiempo no urgiere, podíamos seguir a los viajeros en sus visitas a los Sudarios o Termas de Trítoli, a la ciudad de Vaya, al castillo que en la misma mandó edificar don Pedro de Toledo, al templo de Diana, al Mar Muerto, «que era el sitio donde se decía se hallaba el barco de Charonte, a la ciudad de Cuma, llena de los recuerdos de la Sibila y del dulce Virgilio»... Pero ambos peregrinos han de regresar a España, describiendo una amplia curva para contemplar nuevas ciudades italianas. Volvieron a Roma, donde pasaron la Semana Santa, y de allí partieron a Bolonia, pasando por Loreto. Es el único sitio en que Lexárcegui se conmueve: La santa Casa, «toda ella es de ladrillo y que demuestra mucha pobreza. La que servía de cocina sirve en el día de archivo, el cual está forrado de planchas de plata dorada. Entre las reliquias de la Virgen, la más singular que adoramos, fué la escudilla de la que se servía la Virgen...» Por este gesto de caer de rodillas el canónigo y su paje ante la reliquia humilde, bien podemos absolverlos de su nota de fría erudición, que en frase de Kempis, no es lo que más aprovecha para la devoción verdadera.

Pasaron por Padua y en esta ciudad tomaron un barco, entrando por el canal en Venecia. *It is Venice*. Lexárcegui no reprime su admiración y extrañeza ante el portento de la ciudad de los canales. Tuvo la rara dicha de asistir a los momentos crepusculares de la Signorías y presenciar los Desposorios del Doche con el mar, en ceremonia barroca de luz y púrpura. Quién le iba a decir que antes de dos lustros todo aquello se vendría abajo. Las fiestas de la Fiera della Ascensa ocupan páginas brillantes y curiosas de su Itinerario.

De Venecia pasan ya a Milán, «donde no nos detuvimos sino lo preciso para poder observar alguna cosa del magnífico Duomo, que es una de las mejores iglesias que he visto»... y esta ciudad es muy buena y la que más se parece a Madrid. De aquí salimos para Génova... «en donde se nos concluyeron las delicias y magnificencias de la Italia y comenzamos a pasar los trabajos de la

navegación, hasta que llegamos a Barcelona, después de pasar algunos sustos en ella».

Y así bruscamente termina el Diario de Don Francisco Antonio Lexárcegui y aquí ha de terminar también mi discurso. Solo me resta dar las gracias a todos los que me habéis acompañado en este acto y agradeceros vuestra benévola atención. A los Señores Académicos reitero mis ofrecimientos, porque se acordaron de mí y me han llamado a formar parte de esta docta Corporación. Con la mejor voluntad trabajaré por hacerme digno colaborador de sus nobles tareas y afanes. He dicho.

